

Las buenas intenciones no son suficientes: condiciones necesarias para la mediación lectora

Édison Duván Ávalos

Docente de la SENESCYT

Instituto Superior Tecnológico “Vicente Fierro”



Fuente: Freepik.com

Hay dos formas de definir la mediación lectora: la primera es recurriendo a Reuven Feuerstein, el destacado científico y pedagogo que creó la teoría de la Modificabilidad Estructural Cognitiva, una teoría que plantea que el desarrollo cognitivo de un estudiante con bajo rendimiento cambia si el docente trabaja sobre las habilidades del pensamiento del estudiante. Esto quiere decir que el docente ya no deja que el estímulo (en este caso un texto) genere directamente respuestas en el estudiante, tal como lo hacía el conductismo, y tampoco quiere decir que el docente se interponga entre el estudiante y el estímulo (texto) para generar una respuesta direccionada, tal como lo hacía el cognoscitismo de Piaget. No, la Modificabilidad Estructural Cognitiva propone que el docente se convierta en un mediador, es decir, en alguien que manipula (planifica, organiza, selecciona, agrupa) el estímulo (texto) para que el estudiante lo reciba de acuerdo a unos intereses previos y luego, el mismo mediador, se encarga de direccionar la respuesta frente a la lectura realizada para obtener los

aprendizajes esperados. Esta mediación, para muchos, más que un modelo pedagógico es toda una propuesta social de aprendizaje porque involucra a la familia, a la escuela, al medio cultural, al ambiente y a muchos otros factores que nunca han tenido cabida en los procesos educativos.

La segunda forma de definir la mediación lectora es recurriendo a la poesía. En el libro *Estudios de casos sobre experiencias para la formación de lectores*, de la Subdirección de Lectura y Escritura del Cerlac, he encontrado una metáfora que define muy bien lo que es la mediación lectora¹. Esa metáfora habla de que la mediación lectora es acompañar al niño en el viaje de la lectura. El mediador, entonces, viene a ser un guía que lleva al niño por un territorio desconocido. Su trabajo consiste, primero, en motivar al niño a realizar ese viaje, ilusionándolo con todas las maravillas que va a conocer y con todas las emo-

¹ CERLAC: *Estudios de casos sobre experiencias para la formación de lectores*, p. 6.

ciones que va a sentir. Para lograr esto, el mediador debe ser una persona que conozca muy bien el territorio de la lectura; es decir, alguien que haya vivido en carne propia lo que es llorar o reír con una historia, enamorarse u odiar a un personaje, disfrutar un libro al punto de que se desee que el libro nunca se acabe. Luego, cuando el niño ya ha aceptado viajar por el territorio de la lectura, el mediador debe acompañarlo de cerca, dejándolo que él escoja el camino que quiere seguir, pero, eso sí, recomendándole, de acuerdo a su experiencia, cuál camino podría ser el más apropiado. El mediador nunca deja al niño solo en este viaje. Siempre está ahí para ayudarlo en lo que requiera, bien sea sacándolo de aprietos, corrigiendo el recorrido, recomendándole nuevos caminos o apoyándolo en sus propias elecciones. Este mediador o guía no se preocupa solamente de los caminos que han tomado en ese viaje de la lectura. No, este guía también se preocupa de la vida del niño, de su situación familiar y social, de cómo lo que él vive por fuera, en su vida, le ayuda o le entorpece el viaje que está realizando. Además, a medida que avanzan por el viaje de la lectura, el mediador provoca en el niño la necesidad de comprender, compartir y profundizar en todo lo que ha ido descubriendo. Su trabajo no termina cuando acaba el viaje, es decir, cuando el niño ha leído la última página del libro. En realidad, su trabajo termina cuando el niño, por su propia voluntad y con su propio gusto, decide aventurarse solo en un siguiente viaje de lectura. Ahí, cuando el niño ya se siente con la fuerza y motivación de emprender un viaje por su propia cuenta, el mediador puede sentir que ha cumplido con su misión.

El niño disfruta la lectura cuando entra en ella con libertad, por gusto, cuando los libros le llevan a comprender, gozar y reflexionar. La afición a la lectura se construye si el chico encuentra sentido en lo que lee: cuando al mismo tiempo que aprende a leer, aprende a pensar, a comprender sus sentimientos y a imaginar. (Sainz, p. 361).

La recomendación errónea

Los analistas aseguran que la culpa es de los padres de familia, porque desde la cuna debieron iniciar a sus hijos en el mundo de los libros, bien sea con las canciones de arrullo o con la lectura de cuentos infantiles. Los padres de familia se defienden asegurando que la culpa no es de ellos sino de la televisión y de los videojuegos, porque desde que esos aparatos entraron a sus hogares, anestesiaron el cerebro de sus hijos y les monopolizaron toda su atención. Los maestros creen que, además de eso, la culpa también la tiene el gobierno, porque no los han capacitado ni los han estimulado con un sueldo digno, y tampoco ha dotado de libros las bibliotecas públicas o institucionales. Todos encuentran a quien echarle la culpa de que los niños y los jóvenes no lean, pero nadie asume

su responsabilidad ni mucho menos intenta buscar una solución.

Pareciera que, en este confuso panorama, las únicas personas verdaderamente preocupadas fueran los bibliotecarios que forman clubes de lectura, los teatreros que crean rincones literarios, los líderes comunales que proyectan películas motivadoras, las enfermeras que invitan a los niños a jornadas de lecturas y hasta los policías que hacen campañas para cambiar libros por armas. Todos ellos, a nombre propio o en representación institucional, se esfuerzan desde sus posibilidades y con las mejores intenciones para que los niños y los jóvenes quiten por un momento la mirada del televisor y posen sus ojos en las páginas de un libro. Pero, a pesar de la nobleza del propósito, estas personas, en la inmensa mayoría de los casos, no cuentan con ningún tipo de preparación pedagógica ni literaria. Un estudio realizado por la Subdirección de Lectura y Escritura del Cerlalc (2007) y el Ministerio de Educación y Cultura (MEC, 2013) reveló que es normal encontrar a amas de casa, auxiliares de cocina y electricistas que tan solo por su entusiasmo y su sentido social, fueron escogidos como capacitadores voluntarios en las actividades de fomento de lectura.

Para muchos, esta falta de preparación no amerita descalificar todos los esfuerzos que, aunque sea mínimamente, contribuyen a acercar a los niños y a los jóvenes a la lectura. Eso sería como si un náufrago que muere de sed se negara a recibir un vaso de agua porque no lo sirvió un chef, sino una persona caritativa. Sin embargo, desde un análisis menos emocional y más cognoscitivo, la falta de preparación de los capacitadores o facilitadores voluntarios es un problema tan grave que, sin lugar a dudas y sin exagerar, amerita que sean canceladas todas las actividades que ellos realizan, porque, en lugar de estar fomentando la lectura, lo que están haciendo es alejar para siempre de los libros a los niños y a los jóvenes que muestran algún interés. Estos capacitadores o facilitadores voluntarios, en otras palabras, le están sirviendo con amor, agua del mar, al náufrago que muere de sed.

Esta situación queda evidenciada en un caso muy típico que suele ocurrir a diario en los talleres de lecturas, jornadas literarias o rincones del libro que se desarrolla en bibliotecas o centros culturales. Se trata de que el capacitador o facilitador voluntario le recomienda al niño o joven, libros de autosuperación, como si se tratara de literatura; o le presenta como 'obras excelentes', e incluso como 'clásicos', los libros de Paulo Coelho y de Carlos Cuauhtémoc. Estos dos autores, de acuerdo a lo que explican el crítico Clandestino Menéndez (2010) y el escritor Héctor Abad Faciolince (2007), trabajan bajo esquemas repetitivos que no estimulan la imaginación; engañan con falsas

concepciones espirituales que debilitan la mente, tienen un vocabulario elemental que no alimenta el léxico y carecen de capacidades para construir historias complejas que reflejen la condición humana. Por lo tanto, un niño o joven que aprende a valorar las obras de estos autores como su mayor ideal literario, es un niño o joven que vivirá para siempre confundido, con una concepción del arte literario totalmente equivocada: así devore muchos de estos libros, jamás será un lector, porque nunca logrará encontrar el verdadero significado de lo que está leyendo.

Esto no quiere decir que las únicas personas autorizadas para fomentar la lectura sean académicos especializados que han pasado su vida encerrados en una biblioteca universitaria. No; en realidad, cualquier persona, un ama de casa, un auxiliar de cocina y un electricista, pueden dedicarse a esta labor si así les nace de su interior. Pero deben cumplir, como mínimo, tres condiciones indispensables que les permitirán dejar de ser simples capacitadores o facilitadores voluntarios, para convertirse en mediadores de lectura; es decir, en personas que verdaderamente logren que los niños y jóvenes se enamoren para siempre de la lectura. Estas tres condiciones son: tener conocimientos básicos de pedagogía, ser lectores constantes y poseer un gusto literario. Por supuesto, hay analistas que añaden otras condiciones, como: ser gestores culturales, tener un liderazgo social y manejar procesos de comunicación y administración de talento humano. Pero, para cumplir con el objetivo básico de formar lectores, las tres primeras condiciones mencionadas son más que suficientes.

Pedagogía, lectura y literatura

La primera condición, tener conocimientos básicos de pedagogía, se refiere más a hacer consciencia del ejercicio práctico, que a dominar los aspectos teóricos. En otras palabras, no es necesario que sepa diferenciar entre el conductismo de Pavlov, el cognoscitivismo de Piaget, el desarrollo cultural psíquico de Vigotsky y la modificabilidad estructural cognitiva de Feuerstein, pero sí es necesario que cuando afronte su papel de mediador, lo haga bajo unos objetivos trazados de manera planificada, utilizando la metodología más adecuada para explotar las capacidades individuales y evaluando con procesos sistemáticos que permitan reconocer los niveles de competencias adquiridas. Para ello no es necesario tener un título de licenciado; basta con aplicar la información que aparece en los libros de orientación pedagógica.

Por ejemplo, una enfermera que organice una jornada de lectura como labor social en un hospital, cometerá crasos errores si no tiene ningún conocimiento pedagógico. Muy probablemente tratará a los niños y a los jóvenes que asistan, como una masa: aplicará la misma metodología para todos, no tendrá en cuenta las capacidades individuales y

los evaluará con los mismos indicadores. Tampoco investigará las condiciones en las que cada uno se desarrolla, su vida familiar, las personas con las que se relaciona en su barrio, su comportamiento en la escuela o en el colegio, ni mucho menos tendrá conciencia de cómo esos ambientes influyen de modo determinante en su aprendizaje. La enfermera, pese a su buena intención, no logrará enseñarles nada.

“Conocer a cada uno [de los participantes del taller] en su individualidad, en sus problemáticas, en sus necesidades y deseos, me permitió acompañarlos y elegir lecturas que los representaban, que reflejaban su modo de vida” (Gantus, 2005, p. 6).

Ahora bien, en caso de que ella -la enfermera- posea y aplique los conocimientos básicos de pedagogía, tampoco alcanzará sus objetivos si no tiene la segunda condición básica para ser mediadora de lectura: estar en el constante ejercicio de la lectura. La razón es simple pero fulminante: nadie puede enseñar a hacer lo que no sabe hacer. No podría, por ejemplo, resolver con recomendaciones o con retos las dificultades que encuentren los niños y los jóvenes en sus procesos de lectura; ni siquiera tendría la capacidad de orientarlos en las correctas interpretaciones que deben darle a un texto. Lo peor de todo, sin embargo, es que jamás podría transmitirles a los niños y a los jóvenes la pasión, la emoción que significa abrir un libro, oler sus hojas y adentrarse en una realidad parecida a la de los sueños.

Si nosotros no hemos recorrido textos diferentes, conversado sobre las letras que nos emocionan y que nos son útiles, si no hemos convivido intensamente con las palabras, será imposible que podamos animar a otros a interactuar con la riqueza del lenguaje escrito, a apreciar e involucrarse intelectual y afectivamente con la lectura y la escritura. (Cerralco, 2007, p. 3).

De igual modo, no es suficiente con ser un lector asiduo; se necesita, además, como tercera condición, poseer un gusto literario. No se trata, de ninguna manera, de conocer la historiografía de la literatura para dar fechas exactas de nacimiento y muerte de escritores o de primeras publicaciones de grandes obras, como tampoco se trata de referenciar épocas, estilos y movimientos para explicar en qué consistió cada uno y cuáles fueron sus máximos exponentes. No; de lo que se trata es de haber leído las obras indispensables de la literatura universal, para que de este modo el paladar literario aprenda a diferenciar entre una copa llena de *champagne* y otra llena de orina. Así, nunca se caerá en el error de ofrecer a los niños y a los jóvenes obras que los empobrezcan, sino que siempre se tendrá el acierto de entregarles los mayores tesoros literarios para su crecimiento personal.

Quien ha adquirido ese gusto literario puede establecer con precisión las diferencias entre una buena y una mala traducción, entre una versión original y una adaptación, entre una noticia y un cuento. Es una persona que rechaza el *best seller* que acaba de vender millones de copias, para favorecer, en su lugar, a un autor desconocido al que encontró casualmente. Es alguien que obvia los libros que se exhibe en las cajas registradoras de los supermercados, porque las obras que acostumbra leer solo las venden en las librerías. Por todas estas características, quien ha adquirido el gusto literario, se convierte a sí mismo, y por ende a los participantes de sus talleres, en guardián del arte literario, en custodio de la belleza.

La responsabilidad es de todos

Con estas tres condiciones, las personas que forman clubes de lectura, que realizan rincones literarios, que presentan películas motivadoras, que invitan a jornadas de lectura y que regalan libros en campañas culturales, estarían cumpliendo a cabalidad con su propósito de crear una generación de niños y jóvenes lectores. De lo contrario, continuarán como un factor más que agrava el problema y cuyas consecuencias son invisibilizadas por la nobleza de sus intenciones. Sin embargo, para plantear soluciones de fondo, es necesario que, además de ellos, los padres de familia y los maestros de las escuelas también asuman sus responsabilidades.

Los maestros ya tienen ganada la primera de estas tres condiciones para convertirse en mediadores de lectura. Indudablemente, la educación superior que recibieron en sus universidades los formó ampliamente en conocimientos pedagógicos. Pero, lamentablemente, muchos de ellos tienen falencias en la segunda condición; es decir, no son lectores constantes; y la gran mayoría tiene graves deficiencias en la tercera condición, porque poseen una visión totalmente errónea de lo que es el arte literario.

El maestro actual puede tener conocimientos suficientes de organización escolar, de didáctica general, de legislación educativa o de psicología evolutiva; el bibliotecario los puede tener de catalogación, legislación o documentación, pero en ninguno de los dos casos se les ha enseñado los necesarios conocimientos del acto de leer, del lenguaje literario, del análisis de textos o de Historia de la Literatura. (Cerrillo y Cañamares, 2008, p. 80).

Ahora bien, ¿cuántos maestros estarían dispuestos a invertir su tiempo extracurricular en la lectura de obras literarias para convertirse en lectores y adquirir el gusto literario?

Los padres de familia, por su parte, presentan, casi en su totalidad, problemas con las tres condiciones: ni saben de pedagogía, ni son lectores, ni conocen el arte literario. No

obstante, tienen en sus manos un impresionante poder: el amor que comparten con sus hijos es una herramienta que con creces puede superar cualquier procedimiento pedagógico; y el contacto directo y cercano que tienen con ellos es el camino para empezar, desde el ejemplo, a formarlos como lectores. Entonces, ¿cuántos padres están dispuestos a invertir una hora de su tiempo libre para leerles a sus hijos un cuento?

Referencias

- Centro Regional para el Fomento del libro en América Latina y el Caribe (CERLALC). (2007). Programa Técnico 2007. Recuperado de <https://cerlalc.org/wp-content/uploads/2018/07/PT-2007.pdf>.
- Cerrillo, P. y Cañamares, C. (2008). Recursos y Metodología para el fomento de la lectura. *Revista Cuatrimestral del Consejo Escolar del Estado, Participación Educativa, Número 8*. La lectura, prioridad educativa: todos hacemos lectores.
- Faciolince, H.A. (2007). *Las formas de la pereza*. Bogotá, Colombia: Editora Aguilar.
- Gantus, V. (s.f.). La importancia de la mediación docente en los procesos de lectura de niños, adultos y jóvenes. Caracas, Venezuela: Universidad Nacional de Cuyo. Recuperado de <https://es.calameo.com/books/000842097d5a9e6a37b25>
- Menéndez, C. (2010). *Cuadernos críticos*. Madrid, España: Editorial Literaturas Com libros.
- Ministerio de Educación y Cultura (MEC). (2013). *Jóvenes lectores. Caminos de formación*. Uruguay: Ministerio de Educación y Cultura (MEC).
- Sainz, L. (2005). La importancia del mediador: una experiencia en la formación de lectores. *Revista de Educación, N° extraordinario*, 357–362. México.